

Recuerdos

Aquel atardecer en la estación de Niza

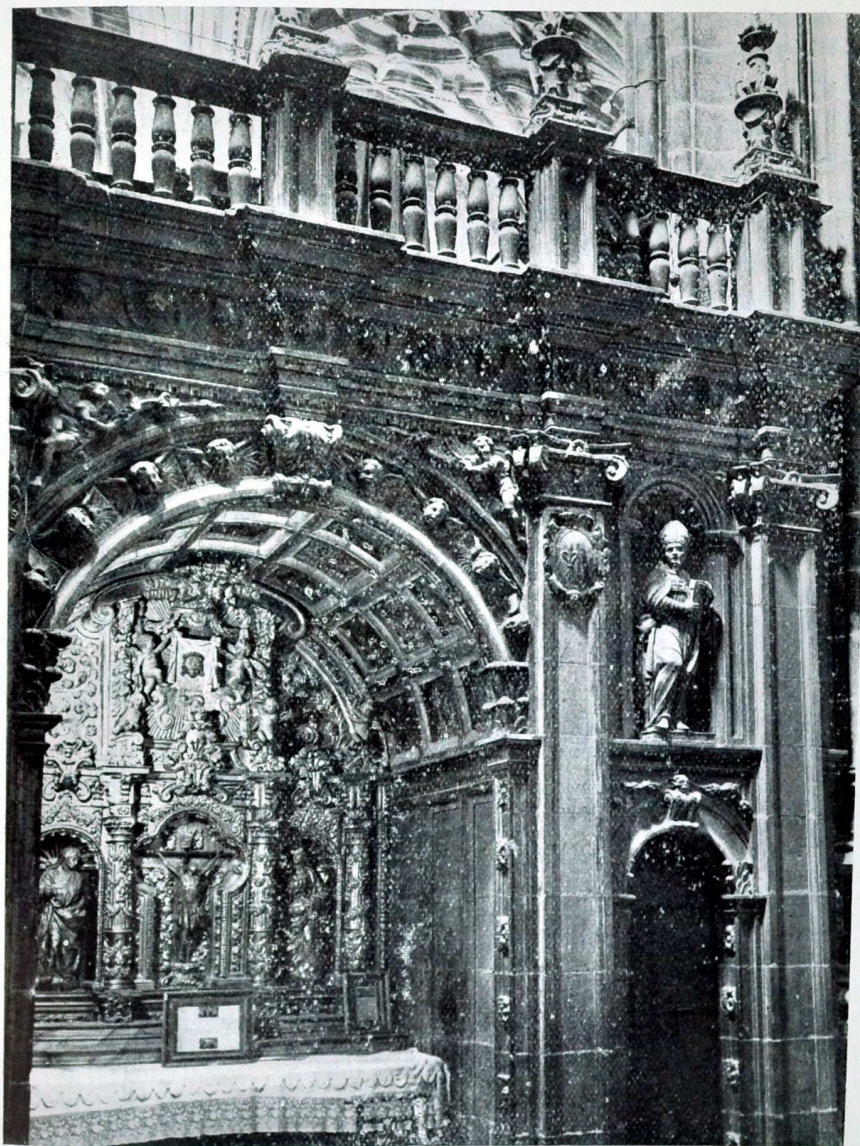
MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO
Conde de San Miguel

CRA en Octubre, de 1935. Al regreso de Italia, varios grupos de los españoles que asistimos a la boda del príncipe don Juan, nos habíamos detenido en Niza, la hermosa ciudad francesa de la Costa Azul. Fué una detención breve, con las indispensables escapadas a Montecarlo, para probar fortuna en la ruleta del famoso casino. En un tibio atardecer de otoño, un nutrido grupo de excursionistas nos reunimos en la estación del ferrocarril, dispuestos a tomar el tren especial que había de reintegrarnos a la patria. En el andén coincidí con don José Calvo Sotelo y con el marqués de la Vega de Anzo. Los tres sostuvimos una larga charla sobre las cosas de España.

Yo había visto y tratado anteriormente, en varias ocasiones, a Calvo Sotelo. Recuerdo de manera especial una cena presidida por él, con el Conde de Rodezno y con Sáinz Rodríguez, que se celebró en un merendero de las afueras de Madrid, como homenaje al Marqués de Castronuevo, que había dado su sangre para hacer una transfusión a un guardia civil, herido gravemente en uno de los tantos desmanes que ocurrían durante la República. Aquella noche hablé un rato con Calvo Sotelo; pero fué una conversación cortada, con infinitas intervenciones.

Aquel atardecer en la estación de Niza, la charla fué serena, centrada concretamente sobre el problema español. Vega de Anzo, hombre bondadoso, amigo de soluciones pacíficas, pedía opinión a Calvo Sotelo sobre las posibilidades y esperanzas que pudiera entrañar la actuación legal y pacífica de las derechas, más concretamente, de los monárquicos, dentro del régimen republicano. El ilustre hombre público nos expuso larga y objetivamente sus opiniones sobre el importante y difícil problema. Lo veía todo turbio, sin una salida esperanzadora:

—Estamos intentando seguir el camino de la legalidad—dijo finalmente—; pero, por desgracia, creo que no ha de servirnos de nada. Detrás de las izquierdas españolas hay muchas fuerzas secretas y sectarias que las mueven hacia objetivos definidos, incompati-



ALBUM EXTREMEÑO.—Trascoro de la Catedral de Plasencia. (Foto Mas)

bles con nuestros conceptos ideológicos. La Religión, el Derecho y la Patria son letra muerta para estos sectarios. Tarde o temprano, desembocaremos en una lucha, en una verdadera cruzada de liberación.

El tren iba a partir. Nos despedimos. Vega de Anzo tenía su cabina del coche cama en el mismo vagón que yo; Calvo Sotelo, en otro más alejado. Ya en el pasillo del tren, el Marqués, al separarnos, me dijo:

—Yo no soy tan pesimista. Es posible que todo se arregle sin lucha.

Estas palabras no hicieron efecto alguno en mí, porque en mi mente seguían martilleando las de Calvo Sotelo.

Junto al compartimento que ocupábamos mi mujer y yo, estaba el de la Duquesa de Dúrcal. Pasé un rato a charlar con ella, cuando el tren se ponía en marcha. Había llegado a Roma procedente de los Balcanes. Como viuda de un príncipe de la casa de Borbón, tenía trato con todas las familias reinantes en aquellos países. Durante el viaje estuvo con varios reyes y príncipes. Desde aquellas avanzadas orientales de Europa y a través de las distintas cortes balcánicas, había visto la terrible amenaza de Rusia. Venía preocupada:

—No sé qué pasará—dijo—. Creo que hay mucho peligro.

Cuando me despedí de ella, encontré en el pasillo al joven Duque de Dato. Tenía ganas de charlar conmigo, para que le comunicara lo que había hablado con Calvo Sotelo. Le conté todo: las opiniones del gran estadista y las del Marqués. Después de oirme, comentó:

—Vega de Anzo es un hombre tan bueno, que no se da cuenta de la realidad. No hay más camino que la lucha armada: Calvo Sotelo sabe bien lo que dice.

Calvo Sotelo sabía muy bien lo que decía. Sus palabras me preocuparon durante toda la noche, y no las olvidé nunca.

Unos meses después, a finales del año, el gran político vino a Cáceres, con motivo del acoplamiento de la candidatura de derechas que había de luchar en las elecciones a diputados a cortes, convocadas para febrero. En otro atardecer, charlamos, también largamente, tres interlocutores. El tercero fué don Narciso Maderal. Estuvimos reunidos en un gabinete de la casa de mi tío, don Marcial Higuero Cotrina.

Hablamos de las dificultades que surgían en el acoplamiento de la candidatura; de que era preciso transigir y renunciar a puestos, para mantener alianzas y sumar fuerzas. Calvo Sotelo se mostraba comprensivo y transigente. A mí, que no se me habían borrado las palabras de aquel atardecer en la estación de Niza, me dió la impresión de que su postura era la del que, convencido de que todo era inútil, quería dar facilidades, para agotar todos los caminos. Le veía sin fe en la jornada electoral, como el jugador que va a jugarse la última carta con el convencimiento de que no ha de servirle de nada.

—Daremos un paso más—dijo—, acaso el último, en el camino de la transigencia. De todas formas, creo que después de estas elecciones habrá que fijar posturas concretas y decisivas.

Las elecciones fueron un bandazo más, que puso de manifiesto lo inútil de querer seguir vías legales con quienes pisoteaban el derecho y la legalidad. En Cáceres triunfó la candidatura de derechas; pero las actas fueron falsificadas. El Frente Popular se adueñó del gobierno de España.

No volví a ver más a Calvo Sotelo, que había sido profeta y estaba destinado a ser mártir. Unos meses después, en la noche del 13 de julio de 1936, en una camioneta de guardias lo sacaron de su casa, para asesinarle por la espalda, con la total aquiescencia del Ministro de la Gobernación. Frente a semejante monstruosidad, no había más camino que el de la lucha armada. Cobraban vida aquellas palabras suyas:

—...la Religión, el Derecho y la Patria son letra muerta para estos sectarios. Tarde o temprano desembocaremos en una lucha, en una verdadera cruzada.

Ya habíamos desembocado: la sangre de Calvo Sotelo, vertida sobre la tierra de España, inició el camino de redención. ¡Cómo recordé entonces aquel atardecer en la estación de Niza!



Lea Usted

« ALCÁNTARA »

y propáguela entre sus amistades.

De este modo contribuirá a difundir, dentro y fuera de nuestra región, las letras extremeñas.



EL LAGO TRISTE

El lago se dormía lentamente
tapándose con sábanas de plata
que la luna le dió, desde aquel cielo
donde estaba clavada.

Cada noche, al dormir, el lago oía
unas canciones de agua,
escritas en pentágramas de viento
por el croar de ranas.

Después, cuando las copas de los pinos
su cristal taladraban
para llegar al fondo de sus sueños,
¡el lago despertaba!

Entonces, era día y el buen lago,
aspirando fragancias,
al sol tendía ansioso sus orillas
para que él las besara.

Vivía, así, feliz en sus quietudes
y, en sus horas bordadas de esperanzas,
creía ser el centro del espejo
en que hasta el mismo Dios se retrataba.

Mas un día terrible, injusto y crudo,
al despuntar el alba,
vinieron unos hombres y con piedras
le partieron la cara.

Ya no podrán más verse en sus cristales,
las aves, las estrellas y las ranas;
el lago está muy triste y hasta Dios
pregunta por qué han roto así su alma...

FRANCISCO-EMILIO GARCIA